

## Mi afición a la Historia\*

*Enrique Carrión Ordóñez*

No pretendo agobiarlos con un largo discurso. Comienzo primero agradeciendo a ustedes la tan honrosa distinción de proponerme como Miembro de Número en esta institución estudiantil. Debo confesar que los estudios de carácter histórico me han atraído desde muy temprano. Aunque inicialmente creía que la medicina era una carrera de mayor utilidad para los demás, al llegar a la Secundaria advertí que mi inclinación a la lectura se orientaba más bien a la ficción, lo cual fue perfilando de modo cada vez más nítido una vocación decidida hacia el mundo de las letras, más que hacia el de la medicina. Algunos profesores me alentaron a este cambio de vocación. Afortunadamente encontré en mi entorno familiar un clima de comprensión y libertad para la elección de mis intereses vocacionales.

Los últimos meses en la Secundaria no hicieron sino confirmarme esta nueva inclinación. Fue entonces cuando me cupo tener como profesor de Historia del Perú a José Agustín de la Puente, que ahora preside esta Academia, pero que era entonces sólo un egresado brillante de la Especialidad de Historia. Poco antes de terminar el año, José Agustín llamó aparte a los que sentíamos inclinación a las letras y nos ofreció prepararnos –gratuitamente– durante las vacaciones, especialmente a los que pensábamos presentarnos a la Universidad Católica. Así, algunos de nosotros aceptamos tan generoso ofrecimiento, al que además se unieron otros docentes que desarrollarían con la misma generosidad las demás materias del balotario de ingreso.

Ese verano fuimos citados a la Secretaría del Instituto Riva-Agüero. José Agustín nos presentó además, para prepararnos en “Castellano”, a Luis Jaime

---

\* Discurso de incorporación leído el 13 de junio del 2002.

Cisneros, Catedrático del curso en la Católica. Acababa de llegar de la Argentina con una sólida preparación dirigida por el notable investigador de lenguaje don Amado Alonso. También se ofreció repasarnos para Literatura Jorge Puccinelli. Y respecto de las materias filosóficas (Lógica) vino a ayudarnos Enrique Torres Llosa. Sin duda alguna ese contacto con José Agustín y Luis Jaime fue determinante, no sólo para lograr el anhelado ingreso a la universidad, sino también para abrirme el camino que conduciría mis intereses principales al ámbito de la historia de la lengua.

Desde los primeros años de Letras, el ambiente de estudios en el Instituto nos atrajo, y cuando tuvimos ocasión de inscribirnos en Riva-Agüero, algunos lo hicimos. Yo me inscribí en el Seminario de Historia y en el de Filología a la vez. Como era muy difícil seguir dos seminarios simultáneamente junto con las clases en la Facultad, después de consultar con los directores, dejé de asistir al Seminario de Historia. Pero mi interés por esta materia no decayó y fue más bien alimentado a través de los cursos de Letras en que tuve como profesores de Conquista y Virreinato a Guillermo Lohmann, y de Emancipación al mismo De la Puente. Decidido ya a estudiar Filología, no abandoné sin embargo la perspectiva histórica que me atraía desde siempre y prueba de ello fue mi inclinación especial por el curso de Historia de la Lengua que dictó Cisneros. En este campo encontré la verdadera fusión de intereses que antes veía separados. He creído siempre que la historia de la lengua es la principal fuente de relaciones de la lingüística con la historia de las mentalidades (esto es, de las ideas, del pensamiento, de la ideología, de la cultura), sobre todo cuando se examina los usos textuales del pasado y las antiguas denominaciones de las cosas que se usan o que se han dejado de usar. La etimología, para mencionar sólo una de las áreas que he cultivado, provee luces sobre los contactos culturales de los pueblos y los acontecimientos que vivieron. La evolución de la lexicología, de la morfología y de la sintaxis oracional y textual refleja en muchos aspectos los cambios de las sociedades, de las ideas, y de las formas discursivas y comunicativas de los seres humanos a través del discurso temporal.

Desde entonces la vocación histórica nunca me abandonó y mi modo de enfrentar el estudio de la lengua española no como una entidad ya hecha e inmóvil, sino como algo que se va haciendo y rehaciendo a lo largo de la historia, es un testimonio palpable de tal vocación. Aunque resulte paradójico, la historia le da a los pueblos una identidad constante a través de los propios cambios en el tiempo. Es maestra de la vida, decían los antiguos; requiere consignar la memoria oral a través de diversos métodos de la escritura, pero no comienza con ésta, como equivocadamente se afirmó. En efecto, la conservación de la memoria colectiva es posible, incluso oralmente. La sociabilidad, que ha fundamentado la condición humana, ha ido manteniéndose en esos recuerdos compartidos que nos proyectan un futuro común. En el contexto de una

sociedad ágrafa los padres, los jefes, los encargados de una comunidad para fijar las tradiciones, se valen de la memoria grupal –a través de actos revestidos de cierta solemnidad– y usan no sólo el instinto, como los animales, sino las palabras, con el objeto de recordar tradiciones comunes y a veces discrepantes entre los hombres.

Los encargados de unificar distintas versiones orales pueden considerarse embriones de cronistas e historiadores, los cuales en un momento dado cumplen la misión de plasmar también a través del lenguaje, si bien en su forma escrita, el recuerdo común. La escritura comienza pues a desempeñar un papel fundamental en la permanencia del pasado. No en vano, Clío, la musa de la historia para los griegos, está representada rodeada de pergaminos y libros, lo que revela que aquel pueblo sólo concebía la historia inspirada y confrontada en testimonios escritos.

Si nos referimos al Perú, hay que aceptar que no hubo una escritura fonográfica antes de los españoles. Los quipus sólo significaban sistemas estadísticos y nemotécnicos de los que se encargaban algunos camayos especializados, lo cual no significa naturalmente la ausencia de una memoria colectiva preservada a través de las tradiciones transmitidas de generación en generación.

En los primeros momentos de la conquista, de los tres socios de Panamá, sólo Luque podía leer, pero los otros dos llevaban consigo secretarios letrados y eclesiásticos instruidos, que dejaban por escrito el recuerdo de los hechos de los castellanos, del Descubrimiento y Conquista de lo que después se llamaría Perú. La Corona fue dándose cuenta de las implicaciones legales que traía un ejercicio al parecer inocente: el de los cronistas. Ordenó que sólo contaran con valor oficial los relatos autorizados por el Consejo de Indias. Abundaron, no obstante, las crónicas impresas sin esa autorización. Mestizos como Valera y Garcilaso e indios como Guamán Poma también fueron escribiendo recuerdos de los orígenes del Perú indígena y de las sociedades de los primeros españoles aclimatados en América.

Con el establecimiento de los Virreinos, la tarea historiográfica dejó de ser obra privada. Las instituciones clericales y monacales alentaron a los cronistas de convento para historiar a los varones ejemplares, a los fundadores de iglesias y monasterios, a las empresas de los misioneros y a la administración de los sacramentos por parte de sus miembros.

Las enormes riquezas que el Perú exportó durante tres siglos atrajeron también ciertos testimonios extranjeros con una visión interesada en disfrutarlas. Así aparecen algunos historiadores y viajeros que ven el país desde afuera. Pero al lado de esto iba naciendo mientras tanto, entre nosotros, la conciencia de un

país distinto de España, y surge así el pensamiento de los precursores de la independencia de la nación.

La convulsión histórica que despertó Napoleón en Europa fue ocasión para que, ocupado el territorio peninsular por los franceses, hubiera una reacción nacionalista desde Madrid que favoreció los sentimientos nacionalistas de las colonias, que terminaron con el dominio peninsular constituyendo nuevos países independientes.

La historiografía de la Independencia, a la que me he asomado, y de los países republicanos, nació básicamente en las universidades capitalinas y se desarrolló gracias a los archivos y bibliotecas que surgieron desde esta época en las ciudades: la historiografía republicana es preferentemente seglar y civil. El siglo XIX alentó la formación de institutos y academias que reunían a los intelectuales destacados en cada rama del saber, con el apoyo de los gobiernos conscientes de sus tareas científicas y a la vez integradoras.

La Academia de Historia se puede inscribir en esta línea de intereses básicos, pero creo que ha de cumplir una tarea de mayor complejidad y trascendencia en los tiempos actuales: la de fomentar el ideal de integración cultural a través de la investigación interdisciplinaria; esto es, relacionada con las ciencias cuyos objetos están profundamente ligados a nuestra historia, como es el caso de la lengua. Por un lado, la lengua es en sí misma una institución histórica, que no se mantiene fija y sigue su propio decurso evolutivo. Por otro lado, no es posible concebir la historia fuera de la lengua en que se expresa. En este sentido, resulta pertinente definir la historia no solamente como un conjunto de hechos ocurridos, sino más bien como un conjunto de textos que dan cuenta de esos hechos ocurridos. Desde ese punto de vista, el conocimiento de la historia de las lenguas y de las transformaciones que éstas sufren a través del tiempo nos permitirá un acercamiento más profundo para la comprensión de los textos históricos. Mi modesto quehacer ha buscado siempre la línea de encuentro entre ambas disciplinas. A otros les toca ahora continuar con mayor éxito esta labor.

Cumpro mi palabra respecto de la brevedad de mi exposición. Y concluyo renovando mi agradecimiento a los que pudieron pensar que mi presencia en esta Academia sería importante y útil. Prometo esforzarme cuanto me sea posible para que tal opinión pueda tener fundamento.

Muchas gracias.

=====